

LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

El derramamiento del Espíritu Santo



Ron E. M. Clouzet



Pacific Press® Publishing Association

Nampa, Idaho

Oshawa, Ontario, Canada

www.pacificpress.com

Título del original en inglés: *Adventism's Greatest Need*

Traducción: Claudia Blath

Redacción: Ricardo Bentancur

Diseño de la portada: Steve Lanto

Diseño del interior: Page One Communications / Diane de Aguirre

A no ser que se indique de otra manera, todas las citas de las Sagradas Escrituras están tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1960. El autor se responsabiliza de la exactitud de las citas.

Derechos reservados © 2012 por
Pacific Press® Publishing Association.
P. O. Box 5353, Nampa, Idaho 83653,
EE. UU. de N. A.

ISBN 13: 978-0-8163-9250-6

ISBN 10: 0-8163-9250-1

Printed in the United States of America



12 13 * 02 01

Dedicatoria

No sé si escribiré otro libro y tendré la oportunidad de dedicarlo a mi maravillosa familia. Pero me gustaría dedicar esta obra a Dios el Espíritu Santo. Sin él, nunca hubiese conocido a Jesús, ni hubiese tenido algún deseo de ser transformado a la imagen de Dios.

Contenido

| | |
|--------------------|-----|
| Prefacio | xiv |
| Introducción | xvi |

LA PROMESA

| | |
|---|----|
| 1. El gran anhelo de Dios | 21 |
| 2. El nacimiento de la iglesia | 30 |
| 3. El pequeño reavivamiento que no fue | 41 |
| 4. La iglesia rechaza el Espíritu | 50 |
| 5. Una muestra de reavivamiento y reforma | 60 |

LA PERSONA

| | |
|---|----|
| 6. Conozcamos al Espíritu Santo | 71 |
| 7. El don de Jesús | 84 |
| 8. La testificación mediante frutos y dones | 97 |

LA PRÁCTICA

| | |
|--|-----|
| 9. Bautizados con el Espíritu | 111 |
| 10. Cómo experimentar el poder | 127 |
| 11. Las condiciones para el derramamiento del Espíritu | 140 |
| 12. Cómo ahuyentar al Espíritu | 154 |
| 13. Cómo pedir unánimes | 163 |

EL PODER

| | |
|---|-----|
| 14. La lluvia tardía | 177 |
| 15. El surgimiento de Babilonia | 187 |
| 16. La voz del Espíritu | 199 |
| 17. Una iglesia comisionada por el Espíritu | 211 |

Prefacio

Pregunta: ¿Cuánto tiempo se necesita para escribir un libro colosal como este sobre el Espíritu Santo?

Respuesta: Lleva toda una vida.

Tengo el privilegio de conocer al autor de este libro hace media vida. Ron y Lisa Clouzet eran jóvenes seminaristas cuando me mudé a la Universidad Andrews para ser pastor de la iglesia *Pioneer Memorial*. Y desde aquellos días tranquilos de su primer pastorado, Ron se ha distinguido como líder espiritual, enardecido con una pasión cada vez más profunda por conocer a Cristo, y la sed de ser lleno de su Espíritu.

Por eso, lo que está a punto de leer no solo es fielmente bíblico y rigurosamente teológico, sino también es profundamente personal. Como Frederick Buechner observó una vez: “Toda teología es biografía”; es decir, lo que un autor se esfuerza por expresar, necesariamente fluye de las profundidades de su experiencia íntima con Dios. Usted percibirá esas profundidades personales ya que Ron, con un candor transparente y una vulnerabilidad estimulante, describe su propia búsqueda espiritual en su intención de ser “lleno de toda la plenitud de Dios” (Efe. 3:19).

Pero este es más, mucho más, que un diario íntimo; aunque estos no dejan de tener su valor. Es un manual espiritual para el pueblo de Dios, para la última comunidad apocalíptica de Dios en la Tierra. Y como tal, quizá sea el manual más práctico sobre el Espíritu Santo que alguna vez haya leído. Abarca desde cómo recibir diariamente la plenitud del Espíritu de Jesús en forma personal hasta cómo un pequeño grupo, o incluso una congregación entera, puede recibir la unción de la poderosa tercera Persona de la Deidad, y cómo rogar fervientemente por el cumplimiento

de las promesas de Dios relacionadas con la “lluvia tardía”. Me conmovió especialmente la crónica detallada de lo que ocurrió en una congregación cuando sus miembros, junto con el autor, abrazaron la promesa de Dios del Espíritu Santo y obedecieron el mandato de Cristo de “pedir” como nunca antes. Ayuno y oración, conversiones milagrosas y crecimiento explosivo: ¿podría ocurrir también en mi congregación universitaria? El testimonio personal de Ron es una evidencia de que puede, y debe ocurrir.

Dado el mundo del tercer milenio en el que usted y yo habitamos, con su flujo precario y su convulsión implosiva, ¿acaso no es hora de estremecer los almacenes del Cielo en busca de este don, “que trae todas las demás bendiciones en su estela” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 626)? ¿Qué más quiso decir Jesús cuando declaró: “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (Mat. 11:12)? Hemos banalizado nuestro camino espiritual durante décadas. Probablemente este sea el momento justo para que la Iglesia Adventista del Séptimo Día se tome absolutamente en serio el llamado de Dios al reavivamiento y a la reforma dentro de nuestra comunidad apocalíptica. De rodillas, con la Biblia en la mano, ¿no nos juntaremos en grupos (no se pierda el capítulo 13, sobre la oración conjunta. Ese solo capítulo justifica el precio del libro) para suplicar activamente por el derramamiento divino; que es lo único que podrá alcanzar a siete mil millones de seres humanos con las alegres y urgentes noticias de que el Salvador del mundo está pronto a venir?

Ron Clouzet cree que podemos; que debemos. ¿Se unirán a mí, entonces, para sumarnos a él en esta búsqueda incesante de la mayor promesa de Cristo? ¿Qué más estamos esperando?

Dwight K. Nelson, *pastor principal de la
Iglesia Pioneer Memorial,
Universidad de Andrews.*

Introducción

La mayoría de nosotros vive respirando con dificultad, como si nos ahogáramos a ocho centímetros por debajo de la superficie del agua. Nos hemos acostumbrado tanto a esta condición que casi no nos damos cuenta de que existe un mundo enteramente nuevo justo encima de nosotros. Anhelamos más: buscamos distracciones y entretenimientos apropiados solo para pasar el rato y que, a fin de cuentas, son insatisfactorios. En nuestras apacibles meditaciones con Dios, en lo más íntimo del ser sabemos que existe otra dimensión, que puede ser nuestra si así lo decidimos, o si supiéramos cómo llegar hasta allí.

Después de cuarenta años de restaurar con éxito muchas verdades ignoradas de la Biblia, la Iglesia Adventista se volvió adepta a luchar con la espada teológica; pero la vida real había desaparecido para muchos miembros de iglesia. Tenían la verdad, pero, de un modo u otro, esto no los hacía libres. Los predicadores proclamaban la Ley hasta que la iglesia estuvo seca “como las colinas de Gilboa”. Durante años, Elena G. de White instó a la iglesia a que contemplara a Jesús. Finalmente, en 1887, escribió su famosa declaración:

“La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debiera ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para recibirlas. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Sin embargo, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente, nos corresponde cumplir con las condiciones en virtud de las cuales ha prometido Dios concedernos su bendición. Solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento”.¹

Varias cosas saltan inmediatamente a la vista cuando leemos este llamado. Observemos que la primera frase contiene tres superlativos: “la mayor”, la “más urgente”, de “todas” nuestras necesidades. ¿Hay algo mayor o más urgente que esta necesidad? En realidad, Elena G. de White, en otra parte, también menciona que la fe, la gracia divina y las familias convertidas son la mayor de todas nuestras necesidades. Pero, cuando la mayor necesidad también es “la más urgente”, se reserva la expresión para hablar *solamente* del otorgamiento del Espíritu a la iglesia.

Se observa, también, que si el derramamiento del Espíritu en la iglesia no se está verificando allí, no es porque Dios no esté dispuesto a otorgarlo. Ella dice que “procurarlo debiera ser nuestra primera obra”. De modo que requerirá trabajo. Este trabajo no tiene nada que ver con obtener la salvación, esa es la obra de *Dios*; sino que tiene que ver con dejarse llevar, con llegar hasta el punto en que Dios pueda bendecirnos como nunca antes. Y ¿en qué consiste esta obra? En cuatro elementos: confesión, humillación (entrega), arrepentimiento y oración ferviente. Y esto implica una cosa más: esta obra también es algo que ocurre en conjunto, con otras personas.

Existen muchos malentendidos hoy acerca de la Persona y la obra del Espíritu Santo; y mucho más en cuanto a lo que puede constituir el derramamiento del Espíritu Santo, o la lluvia tardía. Parte de esto se da porque el mundo cristiano, en general, todavía está tratando de entenderlo; pero incluso en nuestra iglesia existe confusión. Una cosa es segura: sin el derramamiento del Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestra iglesia, no vamos a ninguna parte. “Lo que necesitamos, de lo que no podemos prescindir, es el poder del Espíritu Santo que obra con nuestros esfuerzos”²

¿Por qué otro libro sobre el Espíritu Santo?

Mi interés en el tema del Espíritu Santo comenzó siendo joven, cuando era pastor en California. Durante los últimos veinte años lo estudié por razones devocionales y también académicas; especialmente lo que dijo Elena G. de White sobre el *bautismo* del Espíritu en nuestra vida. Mi interés en escribir este libro ahora es triple:

1. A fin de rectificar nociones erróneas que algunos sostienen sobre la obra y el ministerio del Espíritu en nuestra vida y en la iglesia.
2. Para brindar una descripción bastante amplia de la multifacética obra del Espíritu en nuestra vida especialmente en lo relacionado con el cuerpo de Cristo, la iglesia local.
3. Con la intención de brindar contenido y apreciaciones que puedan encender un reavivamiento y una reforma en el corazón del lector, junto con el de sus amigos y demás miembros de la iglesia.

El libro se divide en cuatro secciones: la promesa, la Persona, la praxis y el poder. Para algunos lectores tal vez comience lentamente, porque al principio se necesitan fundamentos bíblicos e históricos. Pero si los lectores persisten, serán ampliamente recompensados, en mi opinión, en las dos últimas partes del libro.

Al final de cada capítulo hay preguntas que pueden estimular el debate en grupo y la entrega personal. Para ser honesto, espero que este libro sea leído no solo individualmente, sino también en grupos. Me imagino a grupos de jóvenes adultos, parejas jóvenes, estudiantes universitarios, o simplemente grupos de amigos que se reúnen para leerlo y orar. Además, sería bueno para los grupos regulares de la iglesia: los grupos pequeños, las clases de Escuela Sabática, los grupos que fomentan un ministerio, la junta de iglesia o la junta de ancianos. En las iglesias más grandes o en las sedes de las asociaciones me imagino a los líderes, el personal administrativo o pastoral, que leen juntos el libro; o que al menos se reúnen periódicamente a fin de compartir comentarios y orar juntos sobre el contenido.

Ya sea que escoja leerlo en grupo o por su cuenta, haga planes de dedicar tiempo a buscar textos en la Palabra y al leer cada capítulo. Deténgase para agradecer a Jesús y conversar con él a medida que sea movido por el Espíritu. Léalo con bolígrafo en mano. Sáquele el mayor provecho. No deje escapar esta oportunidad sin entregar todo a Jesús, el amor de su alma.

Que Dios lo bendiga ricamente, a medida que lee y medita en lo que el Espíritu puede estar diciéndole a la iglesia.

Referencias

¹ Elena G. de White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 141.

² *The Home Missionary*, 1° de noviembre de 1890, párr. 26.

La promesa

CAPÍTULO UNO

El gran anhelo de Dios

Gao Hung Tse, un peón que vivía en el campo, se bautizó. No tenía familia ni educación; y no solo era analfabeto, tenía también tan mala memoria que no podía recordar lo que la gente le había leído. Pero Gao amaba a Jesús, y anhelaba compartir el amor de Dios y su Palabra con los demás. Si tan solo pudiera aprender a leer...

Un sábado decidió que rogaría a Dios que hiciera algo, *cualquier cosa*, de manera que él pudiera compartir su fe; así que estuvo horas orando para que el Espíritu Santo lo capacitara. De repente Gao oyó una voz que decía: "Lee Salmo 62". Se quejó de que no podía leer; pero la voz vino otra vez. No analizó el problema ni discutió con él; simplemente volvió a decirle que leyera el Salmo 62. Así que Gao tomó la Biblia que alguien le había dado en su bautismo y la abrió en el Salmo 62. Entonces, para su asombro, ¡descubrió que podía leer! Así que leyó todo el salmo.

Gao no podía contener su entusiasmo. Salió corriendo de su casucha hasta el otro lado del pueblo, donde le dijo al anciano de la iglesia:

—¡Dios me enseñó a leer!

Luego le recitó todo el salmo de memoria. Dios, milagrosamente, le había concedido la capacidad de leer y de memorizar.

¿Qué hizo Gao con las nuevas habilidades que Dios le dio? Proclamó el amor de Jesús a todos los que deseaban escuchar. Abría la Biblia y se la leía a otros como si cada palabra viniera del Cielo. Y porque este

22 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

peón común valientemente puso su confianza en las promesas de Dios, Dios lo utilizó con el fin de llevar salud y esperanza a multitudes de personas. Cientos descendieron a las aguas del bautismo debido a su testimonio y su ministerio: ¡ciento ochenta en el primer año después de su bautismo!

La promesa del Espíritu

Elena G. de White declaró explícitamente que “la dispensación en la que vivimos ahora... [es] la del Espíritu Santo”.¹ De modo que, aparentemente, el Espíritu Santo está ahora obrando en la Tierra de manera especial. ¿Lo estamos aprovechando? ¿Le estamos pidiendo que colme nuestro corazón y nuestros hogares? Como el hermano Gao, ¿estamos insistiendo a fin de que el Señor nos llene y nos capacite; y nos negamos a dar un No como respuesta?

En la noche de la Pascua, horas antes de su crucifixión, Cristo prometió a sus discípulos que vendría el Espíritu Santo. “Y yo rogaré al Padre —dijo—, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:16, 17).

¡Que pasaje asombroso! Jesús prometió pedir el Espíritu Santo al Padre en nuestro favor. ¿Cuándo lo hizo? Debió haber sido en la mañana del día en que resucitó, cuando se encontró con su Padre (ver Juan 20:1, 15-17).² Esa noche, cuando se apareció a los discípulos apiñados en el aposento alto, les aseguró: “Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros” (Luc. 24:49), y sopló sobre ellos el Espíritu, como un promesa del Pentecostés (ver Juan 20:19-22). Inculcó sobre los discípulos la santidad de la obra de compartir su carácter con aquellos a quienes presentarían el evangelio.

¿Qué más les prometió Jesús? Juan 14 nos cuenta que prometió que enviaría “otro Consolador”. La palabra griega traducida “Consolador” o “Ayudador” es *paraklētōs*, que literalmente significa “uno al lado”. Nosotros usamos el prefijo *para* en palabras como *paralelo*, algo que está “al lado” de otra cosa, y *paralegal*, alguien que “se compara” con un abogado; que realiza algunas de las mismas actividades que un abogado. La implicación es que el Espíritu Santo es alguien como Jesús; pero ese alguien estará con nosotros para siempre. Mientras Jesús sirve como el Segundo Adán, representando a la humanidad en el cielo, el Espíritu Santo, el *paraklētōs*, sirve en la Tierra como Dios con nosotros.

Me gustaría que observemos una cosa más acerca de nuestro texto. Jesús cambió la preposición que habla de cómo se relaciona el Espíritu con nosotros. No dijo que el Espíritu Santo estaría *con* nosotros meramente, así como Jesús estaba con los discípulos; ahora el Espíritu está *en* noso-

tros. Cuando doy seminarios sobre el Espíritu Santo, generalmente me detengo en este punto y permito que este pensamiento penetre, y luego comparto una analogía: todas las madres conocen la diferencia entre que su hijo esté *con* ella y que su hijo esté *en* ella.

¿A qué viene eso?

Jesús intenta que nuestra recepción del Espíritu sea tan poderosa, tan concreta, tan impactante que sea como tener otra vida *en* uno. Así como tener un hijo cambia a una mujer para siempre, así la recepción del Espíritu nos cambia para siempre. Él vive *en* nosotros.

Una y otra vez, aquella noche de Pascua, Jesús sacó el tema del Espíritu.³ Dijo a los discípulos que el Espíritu les enseñaría todas las cosas y les haría recordar lo que él les había enseñado (Juan 14:26). Explicó que el Espíritu daría testimonio de él, y en consecuencia, ellos mismos darían testimonio (Juan 15:26, 27). Les aseguró que el Espíritu de verdad los guiaría a toda verdad, y que el Consolador divino les haría saber las cosas que vendrían (Juan 16:13). Les comunicó que su partida era para beneficio de ellos, porque significaba que el Espíritu vendría (Juan 16:7). De hecho, pensando en el día de la llegada del Consolador, el día de Pentecostés, Jesús les dijo con ternura: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:18, 20). ¡Jesús esperaba permanecer más cerca de sus discípulos *después* de su partida que cuando estuvo físicamente presente con ellos!

Pero, el Espíritu ¿no estaba ya presente en la Tierra? ¿Por qué, entonces, la promesa de que vendría?

El Espíritu en el Antiguo Testamento

El libro de LeRoy Froom, *La venida del Consolador*, es una obra clásica sobre el Espíritu Santo; quizás el libro adventista más influyente sobre el tema escrito hasta la fecha. En este libro, Froom nos dice que el Espíritu Santo se menciona 88 veces en el Antiguo Testamento y 262 veces en el Nuevo Testamento.⁴ Sobre la base de la diferencia de tamaño de los dos Testamentos, el Espíritu se menciona diez veces más en el Nuevo Testamento que en el Antiguo Testamento.

Pero, el Antiguo Testamento *menciona* al Espíritu y su actividad. Lo encontramos actuando en la Creación (Gén. 1:2); involucrado en la obra de regeneración (Gén. 6:3); otorgando talentos y habilidades para el ministerio (Éxo. 31:3-5); y obrando mediante señales y prodigios (Jue. 14:6, 19). Es más evidente en la obra de los dirigentes escogidos por Dios, como Gedeón (Jue. 6:34), David (1 Sam. 16:13) y Elías (2 Rey. 2:9, 15; 8:14, 15); y en especial, en la de los profetas mayores, como Isaías y Ezequiel (Isa. 48:16; 59:21; Eze. 2:2; 3:12, 24). Durante este tiempo, “la influencia del Es-

24 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

píritu Santo se había revelado a menudo en forma señalada, *pero nunca en su plenitud*".⁵ Si bien observamos al Espíritu de Dios obrando en las personas en ese tiempo, rara vez lo advertimos obrando colectivamente; en otras palabras, en un grupo de gente.

Sin embargo, hallamos expresiones que revelan el anhelo de Dios de que el Espíritu obre en la Tierra entre su pueblo y en Jesús, el Mesías. En los días de Salomón, Israel comenzó una larga relación con los ídolos. Mediante la voz de la Sabiduría, Dios instó al rey: "Volveos a mi reprensión; he aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros, y os haré saber mis palabras". Luego advirtió sobre los resultados de rechazarlo: "Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán... Mas el que me oyere, habitará con fiadamente y vivirá tranquilo, sin temor del mal" (Prov. 1:23, 28, 33). Esto fue más de novecientos años antes de que Cristo viniera a la Tierra. Un siglo y medio después, Dios anunció a Isaías que el Mesías venidero tendría la plenitud del Espíritu de Dios (Isa. 11:1-13; 42:1; 61:1-3).

En el momento de la cautividad babilónica, cinco siglos antes de Cristo, el pueblo de Dios se había vuelto completamente pagano. A través de Ezequiel, Dios prometió un cambio. Dijo: "Santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones". Derramaría "agua limpia" sobre ellos y los limpiaría de sus inmundicias y sus ídolos. Además, Dios declaró que daría un corazón nuevo a su pueblo, pondría Espíritu nuevo dentro de ellos y haría que anduviesen en sus estatutos (Eze. 36:23, 25-27). ¿Captaron eso? Dios *haría* que anduviesen en sus estatutos. Cuando Israel estuvo al pie del Monte Sinaí, ¿no prometieron caminar en los estatutos de Dios? Dijeron: "Todo lo que Jehová ha dicho, haremos" (Éxo. 19:8). Pero, por supuesto, fallaron miserablemente. Solo con el poder del Espíritu de Dios podrían triunfar (Zac. 4:6).

Finalmente, mediante Joel, uno de los últimos profetas del Antiguo Testamento, Dios llamó al reavivamiento y a la reforma. Dijo:

*"Convertíos a mí con todo vuestro corazón,
con ayuno y lloro y lamento...
Y convertíos a Jehová vuestro Dios;
porque misericordioso es y clemente...
Tocad trompeta en Sion, proclamad ayuno, convocad asamblea.
Reunid al pueblo... juntad a los ancianos...
Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová,
y digan: Perdona, oh Jehová a tu pueblo...
Responderá Jehová... Os restituiré los años que comió... la langosta...
Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne,
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas,*

El gran anhelo de Dios • 25

*¡vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones;
Y también sobre los siervos y sobre las siervas
derramaré mi Espíritu en aquellos días.
Y daré prodigios en el cielo y en la tierra...
antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.
Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo...
Vosotros también, hijos de Sion,
alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios;
porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo,
y hará descender sobre vosotros lluvia temprana
y tardía como al principio”
(Joel 2:12, 13, 15-17, 19, 25, 28-30, 32, y vers. 23).*

El día de Pentecostés, Pedro recordó esta maravillosa promesa, que Dios dio a través de Joel (Hech. 2:14-21). Por primera vez, notamos que Dios promete el Espíritu a “toda carne”: hombres, mujeres, jóvenes y ancianos. Por medio del pueblo de Dios, el poder y la presencia del Espíritu se verían ahora en el mundo.

¿Por qué no podría haber ocurrido esto en los tiempos del Antiguo Testamento?

Juan nos refiere que “aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:39).

¿Cuándo fue glorificado Jesús?

Después que sufrió y murió; como él y su Padre lo dejaron en claro días antes de la crucifixión (Juan 12:23, 24, 28; 13:31, 32). Y pocos días *después* del día de Pentecostés, Pedro, por inspiración de Dios, anunció que Jesús estaba glorificado ahora (Hech. 3:13).

¿Cómo se llevó esto a cabo?

Ese día, Cristo fue entronizado como Rey de reyes, “en medio de la adoración de los ángeles”, para completar su inauguración.⁶ Pablo aumenta nuestra comprensión de este acontecimiento al escribir que, en su ascensión, Cristo “se llevó consigo a los cautivos y dio dones a los hombres” (Efe. 4:8, NVI). Esto refleja lo que los reyes de aquella época hacían cuando regresaban después de vencer a sus enemigos en batalla: los súbditos del rey victorioso formaban fila a fin de darle la bienvenida. Entonces, el rey y su ejército desfilaban al entrar en su ciudad, guiando a los soldados enemigos que ahora eran cautivos suyos. Y mientras desfilaban, el rey arrojaba regalos (dones) —una parte del botín— a su jubiloso pueblo. Los “cautivos” que Cristo llevó al cielo fueron los primeros frutos de su resurrección (Mat. 27:52, 53), y el botín era los dones del Espíritu, derramados sobre la iglesia para el avance del Reino de Cristo.

26 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

El Calvario antes del Pentecostés

Lo que acabamos de ver, entonces, revela que bajo ninguna circunstancia el Pentecostés podría haber precedido al Calvario. Cristo tenía que ser glorificado como Conquistador sobre el pecado y la muerte antes de que su pueblo pudiera recibir la plenitud de su Espíritu. La razón es bastante sencilla: deseamos la plenitud de Dios *en* nuestra vida solo cuando percibimos el pleno sacrificio de Cristo *por* nuestra vida.

Cristo ha mencionado que el objetivo del Espíritu Santo era convencer “al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). ¿Cómo logra Dios eso? La convicción de pecado da por resultado el arrepentimiento. Pero ¿nos arrepentimos simplemente porque se nos hace evidente que hemos pecado? Si usted es como yo, la respuesta es un patético NO. Con demasiada frecuencia, miramos al pecado de frente, sabiendo plenamente que es pecado, ¡y sin embargo, continuamos en él!

El arrepentimiento es impulsado por algo que no es nuestro reconocimiento de que somos pecadores; viene por una demostración del amor de Dios por nosotros. “Su benignidad te guía al arrepentimiento”, proclamó Pablo (Rom. 2:4). Piense en esto. Cristo bien podría haber muerto en el huerto del Getsemaní; hubiese preferido morir allí, donde quedó abrumado por causa de la presencia y el poder de nuestro pecado (Mat. 26:36-38). Sin embargo, si hubiese ocurrido eso, solo los seres celestiales habrían tenido una apreciación de la benignidad, la bondad de Dios, hacia la raza caída. ¡Los seres humanos nos la habríamos perdido! Se necesitó el sufrimiento del Hijo de Dios, la demostración impactante y abundante en la cruz del amor de Dios por nosotros, para que comenzáramos a prestar atención. Entonces, y solo entonces, *realmente* podríamos convencernos de nuestro pecado.

Permítanme ilustrarlo. Hace unos años, siendo un joven profesor en una de nuestras universidades adventistas, fui a mi oficina a investigar algo una mañana antes de que otras personas llegaran al edificio. Mientras estaba allí, pude vislumbrar un conocido cuadro verbal que Elena G. de White “pintó” acerca del sacrificio de Jesús *por mí*. Decía que Cristo había sido brutalmente abusado *por mí*; su cabeza, sus manos, sus pies, fueron lastimados *por mí*. Elena G. de White destacaba “la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre”; y me di cuenta de que era a causa de *mi pecado*. Y entonces, en un incremento gradual de su descripción de la dolorosa realidad, la autora se dirigía al lector: “Por ti consiente el Hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del Paraíso”.⁷

Comencé a llorar en ese preciso instante. Traté de terminar de leer el párrafo, pero ya no podía ver; mis ojos se habían convertido en ríos de

dolor, y la aflicción se entremezclaba con el alivio. Caí de rodillas, reducido a una violenta agitación que no cesaba, y clamé en alta voz:

—¿Por qué, Señor? ¿Por qué me *amaste* tanto? ¿Quién soy yo para que renuncies a ti mismo por *mí*?

Lloré y lloré esa mañana, hasta que me quedé sin lágrimas. Había captado el amor de mi Salvador, de mi Maestro y Señor, más plenamente que nunca antes. Por años había sido pastor y profesor de Biblia; me había criado en la iglesia, constantemente expuesto a la obra de Cristo en favor de los pecadores; había conducido a cientos de personas a los pies de la cruz; y había leído ese pasaje varias veces antes. Pero aquella mañana las ventanas del cielo lanzaron una inundación de luz tan grande sobre la gracia de Dios que me apabulló.

Me quedé en el piso de mi oficina casi por una hora, extinguiendo en lágrimas el dolor de advertir que mis pecados habían causado la muerte de Jesús; por haber continuado pecando deliberadamente, sin que me importara lo que ese pecado le hiciera a él; y porque había vivido durante tanto tiempo sin apreciar plenamente lo que Dios había hecho por mí. ¿Cómo podría el Dios del cielo, el Rey de reyes y Señor de señores, aquel a quien le debemos *todo*, desde cada suspiro hasta la vida eterna, entregar su vida, su todo, *por mí*?

A decir verdad, estaba tan sobrecogido por el amor de Dios ese día que no me atreví a moverme ni a hablar por un rato. Me parecía blasfemia hasta decir gracias. Mi santo Dios se dio a sí mismo *por mí*. Oré en silencio, pidiéndole al Señor que se contuviera, porque me imaginaba que si seguía descubriendo más de su gracia en mi favor, podría explotar, por ser incapaz de contenerlo todo.

¿Qué piensan que hice cuando comencé a recuperarme? ¿Creen que volví a vivir tan despreocupadamente como antes? ¿Que fui en busca de distracciones seculares? Claro que no. Entregué mi ser completamente; al menos, más plenamente que antes.

—Señor —dije—, si estás dispuesto a amarme tanto, yo no lo merezco; ni ahora ni nunca. Si hay algo que puedas hacer conmigo para tu gloria, hazlo. Te entrego todo. Tengo el privilegio y el honor de entregarte todo a ti. No soy nada, y tú lo eres todo; pero has decidido tratarme como si lo mereciera.

¿Comprenden por qué Juan dijo que el Espíritu aún no había venido, porque Jesús todavía no había sido glorificado? (Juan 7:39). La obra suprema, humilde, misericordiosa del Espíritu es mostrarnos a Jesús como realmente es. La Ley de Dios, sobre la que se basa el universo, es la ley del amor abnegado; pero hasta el Calvario, solo Dios sabía cuánto nos amaba. Después de la cruz, el Espíritu Santo finalmente pudo mostrarnos su amor de una manera que antes nos era descono-

28 • LA MAYOR NECESIDAD DEL ADVENTISMO

cida. Por eso, el Espíritu fue derramado sobre *toda* la humanidad en ese momento.

Hoy vivimos en una era diferente: la era del Espíritu. Por lo tanto, ¿no debiéramos esperar que la iglesia y cada seguidor de la cruz reflejen esa diferencia?

¡Claro que debiéramos! Dios la refleja.

Referencias

1. Elena G. de White, *Recibiréis poder*, p. 305. En inglés dice “the dispensation in which we are now living is the dispensation of the Holy Spirit.”
2. Ver White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 734.
3. Elena G. de White escribió: “Cristo, el gran Maestro, tuvo una infinita variedad de temas para elegir, pero del que más se ocupó fue de la dádiva del Espíritu Santo” (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 183).
4. LeRoy E. Froom, *La venida del Consolador*, pp. 24, 25.
5. White, *Los hechos de los apóstoles*, pp. 30, 31; énfasis agregado.
6. *Ibid.*, p. 31.
7. El párrafo completo se encuentra en *El Deseado de todas las gentes*, las páginas 703 y 704. Dice:

“El inmaculado Hijo de Dios pendía de la cruz: su carne estaba lacerada por los azotes; aquellas manos, que tantas veces se habían extendido para bendecir, estaban clavadas en el madero; aquellos pies, tan incansables en los ministerios de amor, estaban también clavados a la cruz; esa cabeza real estaba herida por la corona de espinas; aquellos labios temblorosos formulaban clamores de dolor. Y todo lo que sufrió: las gotas de sangre que cayeron de su cabeza, sus manos y sus pies, la agonía que torturó su cuerpo y la inefable angustia que llenó su alma al ocultarse el rostro de su Padre, habla a cada hijo de la humanidad y declara: Por ti consiente el Hijo de Dios en llevar esta carga de culpabilidad; por ti saquea el dominio de la muerte y abre las puertas del Paraíso. El que calmó las airadas ondas y anduvo sobre la cresta espumosa de las olas; el que hizo temblar a los demonios y huir a la enfermedad; el que abrió los ojos de los ciegos y devolvió la vida a los muertos, se ofrece como sacrificio en la cruz, y esto por amor a ti. Él, el expiador del pecado, soporta la ira de la justicia divina y por causa tuya se hizo pecado.”

Preguntas para reflexionar o para estudiar en grupo

1. ¿Qué lo impresionó más de la historia de Gao Hung Tse, de China?
2. ¿Qué significa para usted que el nombre que Jesús dio al Espíritu fuese la palabra griega *parakletos*, que significa “uno al lado”?
3. ¿Cuáles son las implicaciones de Juan 14:17, acerca de que el Espíritu esté *en* nosotros, no *con* nosotros?
4. ¿Qué puede decir en cuanto al Espíritu Santo en el Antiguo Testamento?
5. Vuelva a leer Joel 2:12 al 32. ¿Qué está diciendo el profeta sobre el Espíritu?
6. Describa la glorificación de Jesús después de la resurrección.
7. ¿Por qué el Pentecostés no podía ocurrir antes que el Calvario?
8. Lea *El Deseado de todas las gentes*, las páginas 703 y 704, consignado en las referencias. ¿Cuál es su respuesta a un amor tan grande?
9. En esencia, ¿cuál es la obra del Espíritu?
10. En resumen, ¿cuál es el “gran anhelo de Dios”?